

Evagrio, á quien acabamos de citar, habla también de santo Tomás, religioso de Apamea, y dice que, como Simeón, llevó una vida muy austera, lo cual indica, como dice Bulteau, ó que fué monje como él, ó que también se fingió insensato, como se da á entender en el sumario del capítulo. De esta opinión es Bolando, que le llama santo Tomás Salus; pero no la creemos muy fundada, porque dice Juan Mosch, que era procurador del monasterio, y no es de presumir que se confiara este empleo á un religioso que pasara por loco. Como quiera que sea, dice Evagrio, que, habiendo pasado á Antioquía con objeto de evacuar algunos asuntos de su monasterio, fué á solicitar á Anastasio, ecónomo de la gran Iglesia, el pago de una pensión que ésta satisfacía á su comunidad. Incomodado el ecónomo con su exigencia, le dió una bofetada, y habiéndose indignado los que presenciaban esta acción tan inicua, les manifestó Tomás que muy pronto no se hallaría Anastasio en disposición de dar ni de recibir cosa alguna. No tardó en cumplirse esta predicción, pues Anastasio murió á la mañana siguiente, y habiendo caído enfermo Tomás poco despues, y ántes de regresar á su monasterio, fué llevado al hospital de la Iglesia de santa Eufemia, en el barrio de Dafné, en donde murió. Como no era de la ciudad, se le enterró en el cementerio destinado á los extranjeros. A la mañana siguiente se enterró otro cadáver sobre el del Santo; pero algunas horas despues fué hallado este cadáver fuera del sepulcro, lo que se repitió por dos veces, de modo que fué preciso colocarlo en otro lugar. Algunos dias despues colocaron otro cadáver sobre el suyo, y ocurrió lo mismo que con el primero. Este milagro dió á conocer la santidad de Tomás. El patriarca Efrén¹,

¹ Buteau dice que esto ocurrió en tiempo del patriarca Domno segundo; pero Evagrio, á quien siguen los continuadores de los Bolandistas, dice que era entonces Efrén el patriarca.

que vivía en aquella época, fué avisado de lo que ocurría, y trasladándose con su clero al lugar del sepulcro, ordenó que las reliquias del Santo fuesen trasladadas al cementerio en que descansaban las de muchos mártires, y al punto cesó la peste que afligía á esta ciudad. Atribuyóse este beneficio á las oraciones del Santo, por lo cual se le erigió un oratorio en el cementerio. Santa Marta, madre de san Simeón el jóven, deseó ser sepultada junto á este oratorio, lo cual indica cuán grande era la veneración que se profesaba á este santo religioso. El Martirologio Romano celebra su fiesta el 18 de noviembre.

SAN TEODULO, SAN SIMEON EL JOVEN Y OTROS ESTILITAS¹

Muchos anacoretas, movidos del ejemplo de san Simeón Estilita, quisieron abrazar su género de vida, y edificaron á los fieles con la austeridad de su penitencia. San Daniel se hizo célebre en Constantinopla, y san Teodulo le imitó en Siria, viviendo en una columna. Distinguióse éste en el mundo por la nobleza de su nacimiento y por la dignidad de gobernador de Constantinopla, y según otros, de prefecto del Pretorio, en tiempo del emperador Teodosio el Jóven. La conducta que observó en estos elevados puestos fué un modelo de probidad y de sabiduría; pero disgustado de los desórdenes que reinaban en el mundo, y principalmente de la avaricia y violentas exacciones de los oficiales

¹ Concilio II general de Nicea, Evagrio, Nicéforo Urano, Juan Mosch, los Bolandistas, Baronio y Bulteau.

del imperio, determinó renunciar su cargo y retirarse á la vida privada. Procla, su esposa, que pensaba de diferente manera, no pudo menos de ver con grande pena esta inesperada mudanza, y aún cuando Teodulo procuraba atraerla á sus piadosos designios, ella, por el contrario, hacía todos los esfuerzos posibles para que volviese al gran mundo. Pero contra esta especie de vejación doméstica se fortificaba nuestro Santo con la meditación continua de las verdades de la religión, y practicando la rigurosa penitencia que era compatible con su estado, se disponia á la vida de austeridad que más tarde llevó en el desierto.

La muerte de su mejor le puso en condiciones de seguir sin obstáculos el plan que se habia formado. Distribuyó sus bienes á los pobres, á los monasterios y á las iglesias; dió á sus esclavos libertad y medios de vivir honestamente, y se retiró al territorio de Edesa. Allí encontró un lugar solitario y á propósito para imitar á san Simeón Estilita, y con licencia del obispo del lugar, levantó una columna, y se instaló en ella. Tenia cuarenta y dos años, y durante los treinta que permaneció en este trabajoso género de vida, Dios recompensó con favores extraordinarios el rigor de su abstinencia, su continuada oración y contemplación de las cosas celestiales. No por eso dejó de ser muy útil al prójimo, tanto con sus exhortaciones y excelentes consejos, como con las curaciones milagrosas que obró.

Al cabo de este tiempo fué turbada la paz de su alma con una tentación de vana complacencia en sus obras, que le incitó á la curiosidad de saber á cual de los siervos de Dios se igualaba en el orden de la gracia. Ejemplos de esta misma tentación hemos tenido lugar de ver en otros Santos, de quienes hemos hablado en el curso de esta historia; no es, pues, de extrañar que también le acometiese. Pero el Señor, que no queria permitir que fuese vencido, le reveló que se hallaba en el mismo grado de

virtud que un comediante de Damas, llamado Cornelio, y por sobrenombre Pendacro, ó el Violón. Nada tan adecuado para humillarle como este paralelo, y de esta manera la divina gracia curó la hinchazón que se habia producido en su corazón.

Teodulo no descansó hasta cerciorarse enteramente de la verdad. Bajó de su columna, fué á Damas, buscó al comediante, y supo que habia dejado su profesión y se habia entregado á la penitencia. Obligóle á que le manifestase ingenuamente el género de vida que llevaba. El comediante se excusó diciendo que era un grande pecador, y que despues de haber causado tantos escándalos, no podía hacer otra cosa que implorar las misericordias del Señor. Pero esta respuesta no satisfizo á Teodulo, y queriendo que le fuese más explícito, supo que el comediante habia practicado dos obras de caridad para con otras tantas personas, que estaban en peligro de caer en desesperación.

Una jóven muy distinguida en el mundo por su nacimiento, por sus riquezas y por su hermosura, habia tenido la desgracia de contraer matrimonio con un hombre, que, entregado al lujo y al libertinaje, habia disipado sus bienes y los de su esposa, y contraído una deuda, por la cual habia sido encarcelado. Esta mujer, llena de aflixión, y encontrándose sin recursos, pensó entregarse al desorden, pues se hallaba en la flor de su vida, y el dolor no habia marchitado su belleza.

Conmovido Cornelio de la situación de estos esposos, se propuso socorrerlos, y para ello no sólomente empleó el dinero que tenia, sino que vendió sus mejores vestidos y muebles, que le proporcionaron una suma considerable y suficiente para pagar la deuda del prisionero, la cual llevó á su mujer, exhortándola á vivir en el temor santo del Señor. Tal fué la confesión que Cornelio hizo á Teodulo. Este ad-

miró su virtud, y no quiso saber más; sino que volvió á su soledad edificado con este relato, subió á su columna, en donde, despues de haber vivido otros diez años, descansó paz á los noventa y en uno de edad.

Dios manifestó con muchos milagros la gloria con que habia premiado su penitencia, y se hizo célebre su sepulcro; pues no sólomente los pueblos, sino los abades y obispos venian á visitarlo por devoción. Los griegos honran su memoria el 3 de noviembre.

Otro estilita se hizo también no ménos célebre un siglo despues de san Teodulo. Fué éste san Simeón llamado el Jóven, para distinguirlo del primer estilita de que hemos hablado en otro lugar, y de otro Simeón que murió herido por un rayo, y del cual diremos despues alguna cosa. El historiador Evagrio habla de san Simeon el Jóven, como testigo ocular de sus hechos y de sus virtudes: pues habia sido su íntimo amigo, y le visitaba frecuentemente en la columna: así es que dá fé de los milagros que vió, y de los que refiere Nicéforo Urano, rector de Antioquía, que algunos años despues escribió extensamente la vida de este santo. No son estos los dos únicos historiadores de ella, pues Arcadio, obispo de Chipre, lo habia hecho antes, si bién su obra se perdió, pero fué conocida de san Juan Damasceno y de los Padres del segundo concilio de Nicea. El primero cita el milagro ciento treinta y dos que en ella se refiere, para autorizar el culto de las santas imágenes, y el citado concilio de Nicea se sirve de su testimonio para confirmar el mismo dogma. Esto demuestra que san Siméon era considerado como un gran taumaturgo, y que fueron en tan gran número los milagros que hizo, que hay más motivo para admirar los dones con que Dios le habia favorecido, que para dudar de las maravillas que abundan en su vida¹.

¹ Baillet, en su Cuadro crítico de las Actas de los Santos, en el día 24 de mayo, habla en estos términos de la vida de san Simeón.

Pero como el conocimiento de sus virtudes es más útil para nuestra edificación que el de sus milagros; haremos un breve resúmen de ellas.

Su nacimiento pareció un fruto de la gracia más bién que de la naturaleza. Menta, su piadosa madre, que, siendo jóven, se habia propuesto guardar su virginidad, contrajo matrimonio por respeto á sus padres, que se empeñaron en que se desposara con un hombre llamado Juan, natural de Edesa, y establecido más tarde en Antioquía. No se decidió á ello sino despues de haber orado mucho en la iglesia de san Juan Bautista, situada en una barriada, y despues de haber conocido la voluntad de Dios por un favor especial, que le concedió por la intercesión de este santo Precursor.

« Fué escrita primeramente, dice, por Arcadio, obispo de Chipre, de una manera muy extensa y libre. » Lo maravilloso que encuentra en la de Nicéforo Urano, le ha hecho creer que acontecia lo mismo con la de Arcadio, y por eso dice que estaba escrita de *una manera muy libre*. Pero ¿ como lo ha sabido, puesto que dice que esta obra se habia perdido? ¿ Es que juzga de ella sin conocerla?

La vida de este Santo era muy conocida de san Juan Damasceno y de los Padres del segundo concilio de Nicea, que la han citado contra los iconoclastas, y que no creyeron que estaba escrita de *una manera muy libre*, aún cuando se refieran muchos milagros, puesto que citan el ciento treinta y dos de los realizados por el Santo. ¿ A quién, por lo tanto, deberemos acudir para juzgar rectamente? ¿ A Baillet, que confiesa que no conocia la vida escrita por Arcadio, porque se habia perdido, ó á san Juan Damasceno y al segundo concilio de Nicea que la conocian?

El juicio que forma este crítico de la vida del Santo escrita por Nicéforo Urano no es ménos injusto. Dice que este autor no tiene *limites en la licencia de finjir y decir cosas increíbles*. Pero ¿ en qué testimonios se apoya? Lo que san Juan Damasceno y los Padres del segundo concilio de Nicea dicen de la historia escrita por Arcadio confirma el relato de Nicéforo. El historiador Evagrio, cuya autoridad reconoce Baillet, no lo confirma ménos. Para convencerse, no hay más que leer lo que, como testigo ocular y amigo del Santo, dice en el libro IV, capítulo 31 de su historia. Concluyamos: cuando sistemáticamente se rechaza, como fábulas, todo lo maravilloso que se encuentra en la vida de los Santos se corre el viergo de hacer fábulas en vez de crítica.

Así es que acudió á él, pidiéndole, que, como bendición de su matrimonio, le diese el Señor un hijo, que le consagraria cual otro Samuel. Esta súplica la acompañó de ayunos y largas vigiliás. El Santo, efectivamente, colmó sus deseos, y le aseguró en una segunda visión que seria madre de un hijo que desde la cuna empezaria á practicar la mortificación, y á quién debia imponer el nombre de san Simeón Estilita, de quién un dia seria fiel imitador. Todo se cumplió como el Santo Bautista le habia anunciado. Marta dió á luz á este hijo sin dolor, si hemos de creer á Nicéforo Urano, el año 321, el cual fué bautizado al cabo de dos años en la misma iglesia de san Juan Bautista. Dos cosas muy singulares se notaron durante el tiempo en que su madre lo criaba. Fué la primera, que nunca mamaba del lado derecho, y la segunda que no lo hacia los dias en que su madre habia comido carne; así es que tuvo que abstenérse ésta de hacerlo hasta que lo hubo despechado. El niño, por su parte, no comia otra cosa que pan con un poco de miel y agua pura, continuando así hasta la edad de cinco años, en que perdió á su padre, que quedó sepultado entre las ruinas de su casa en un terrible terremoto, que en el año 526 destruyó la ciudad de Antioquia.

Su madre, que se hallaba en un oratorio, fué librada de esta desgracia, así como él mismo, que estaba en la iglesia de san Estéban; pero al salir de ella y ver tantas casas echadas por tierra, empezó á correr despavorido á la ventura, hasta que una mujer, que conocia á sus padres, le tomó consigo, y le llevó á un monte inmediato. Durante siete dias le buscó inútilmente su madre, y le creyó muerto, Pero san Juan Bautista, á quién invocó en su aflixión, le dió á conocer en otra visión el lugar en que estaba refugiado. Encontróle, en efecto, y la mujer que lo habia acogido le dijo con admiración, que durante los siete dias que estaba á su lado no habia tomado más

alimento que pan y agua, lo cual no era nuevo para su madre. Llena ésta de gozo le llevó á la ciudad, y fué á dar gracias al Señor en la iglesia del santo Precursor, por cuya mediación habia abtenido tantas pruebas de la protección divina.

Dos años más permaneció el Santo al lado de ella; pero obrando en su corazón la gracia divina, que de una manera tan milagrosa le habia prevenido para las grandes cosas á que le destinaba, se encontró un dia en un paraje de la ciudad llamado los Querubines, en donde elevado en dulce arrobamiento, se le presentó nuestro Señor Jesucristo, que, sentado en un trono de gloria y rodeado de una multitud de Santos, le mostró de una parte el cielo, y de otra el lugar de los suplicios destinados á los pecadores, y le dijo: « Considera lo que está preparado á la virtud y al vicio: escoge la virtud como tu heredad. »

Esta visión ilustró maravillosamente su espíritu, y le comunicó conocimientos superiores á su edad en orden á la vida espiritual. Así es que inmediatamente se retiró de la ciudad, y se dirigió al pié de una montaña distante unas dos ó tres leguas hacia la parte de Seleucia. Cuando hubo vivido allí algún tiempo sin otra compañía que la de las bestias silvestres, pero sumamente consolado con las gracias sensibles con que Dios le favorecia, subió á la montaña, y encontró en su cumbre un pequeño monasterio dirigido por un superior llamado Juan, que vivia sobre una columna. Ya habia Dios revelado la venida del Santo á Juan, y éste habia prevenido á sus discípulos. Así es que, cuando se presentó, le reconoció fácilmente, y le manifestó su gozo más bien con sus lágrimas que con sus palabras.

Todo, pues, le previno en su favor, pues además de que su rostro asemejaba al de un ángel, hablaba con tanta

medida y discreción, que no podía ménos de captarse las simpatías de cuantos le trataban. Pero lo más admirable es, que desde un principio abrazó con tanto ardor la práctica de las austeridades de su estado, que, excediéndose á las fuerzas de su tierna edad, ayunaba constantemente tres días seguidos, y con frecuencia siete, y hasta diez, y despues de una abstinencia tan prolongada no reparaba sus fuerzas más que con algunas legumbres y un poco de agua.

El deseo de hacerse cada vez más agradable á Dios le movió á pedir á su superior permiso para subir á una columna é imitarle en este género de penitencia. Era demasiado jóven para que Juan accediese á su petición, pero dos sucesos, el uno referido por Evagrio, y el otro por Nicéforo, le determinaron á concederle su autorización. El primero dice que, hallándose Simeón en una montaña inmediata, encontró un leopardo, al cual ató del cuello con su cordón, y llevó al monasterio, sin que el feroz animal opusiese la más leve resistencia. El segundo dice que el demonio, celoso del fervor del santo jóven, inspiró á un pastór el negro designio de matarle, y como éste quisiera ejecutarlo, quedó parálitica su mano, sin que pudiese curar hasta que confesó su crimen á Juan, quién ordenó al Santo que pidiese al cielo su curación, cuya gracia se le concedió inmediatamente.

Estos dos sucesos extraordinarios confirmaron más y más á Juan en la idea de que Dios habia destinado á este niño á una santidad, no sólo eminente, sino rodeada de los esplendores de grandiosos prodigios. Así es que ya no vaciló en permitirle lo que consideraba un designio del mismo Dios, y Simeón, animado de un fervor extraordinario, subió gozoso á una pequeña columna, resuelto á vivir en ella como lo hacia su padre espiritual. Entregóse á este género de austeridad con tanto celo y afición, que,

miéntras Juan rezaba durante la noche treinta salmos, él recitaba cincuenta, y á veces ochenta, y hasta el salterio entero. Durante el dia casi nunca cesaba de cantar, así es que, temiendo Juan que se agotasen sus fuerzas con una salmodia tan prolongada, quiso que la moderase, y le dijo que bastaba á su edad que observase la regla general de los demás religiosos. Pero el santo niño le suplicó que no guardase consideración á su cuerpo, y que le dejase seguir por amor á Jesucristo el deseo de alabarle y de inmolarse á él, en que sentia abrasado su corazón.

No es de extrañar, por otra parte, que estuviese animado de estos generosos sentimientos, pues, según refiere su historiador, se le dejaba ver el mismo Jesucristo bajo la forma de un niño de celestial belleza, diciéndole que debia vivir en la cruz, así como El habia muerto en ella por su salvación y la de todos los hombres. Esta visión hubo de inspirarle tan grande ardor por la penitencia, que por mucho que pudiera sufrir, no podia satisfacer el deseo que por el sufrimiento sentia.

El demonio, que veia con rabia este anhelo por la penitencia en un religioso tan jóven, le atacó de diferentes maneras, ora representándole con falsos, pero vivísimos resplandores, los encantos de las grandezas y placeres del mundo, ora apareciéndosele bajo horribles figuras, ora excitándole tempestades tan violentas, que amenazaban destruir su columna y su monasterio. En una ocasión fué tan terrible la tempestad, que los religiosos no se oian unos á otros, y creyeron que el Santo habia perecido. El abad Juan no quedó ménos espantado que ellos; y le llamó diferentes veces, hallándose todos los religiosos unidos al rededor de su columna, y sin que pudiesen oir su voz. Por último, Simeón hizo oir la suya, y le dijo: « No os intranquileis, Padre mio, el Señor cuida de mí, y me

preserva del furor de los espíritus malignos. Me hallo sobre mi columna, que no ha sido quebrantada.»

Los religiosos, que le creían muerto, admiraron la protección con que Dios le favorecía, y concibieron más grande veneración á su virtud. Cuando hubo cesado la tempestad, apareció el jóven con semblante risueño, que demostraba la tranquilidad de que habia gozado su alma.

No tardó mucho tiempo Efrén, obispo de Antioquía, en tener noticia de la vida maravillosa del Santo, y quiso cerciorarse por sí mismo. Se trasladó al monasterio, y viendo, dice su historiador, á un penitente tan jóven crucificado con Jesucristo, quedó tan admirado, que no pudo ménos de dar gracias á Dios, derramando abundantes lágrimas, y al regresar á Antioquía, hablaba á todo el mundo del jóven, como de un prodigio de la divina Providencia.

Pero Simeón no creía satisfacer su amor á Jesucristo, si á la austeridad de su vida no añadía algún nuevo género de maceración. Para ello se ciñó tan fuertemente los riñones con un cordel, que éste penetró en sus delicadas carnes, produciéndole muchas llagas, que se conocieron por el mal olor que exhalaban, y para quitarle esta cuerda, fué preciso que sufriese dolores agudísimos, que soportó con heroica paciencia. También estuvo un año entero sin sentarse más que sobre sus pies, lo cual relajó los nervios de las piernas, y le hizo derramar abundante sangre por las llagas que se causó. Habiendo llamado el abad Juán á un médico para que le curase, Simeón no quiso emplear otra medicina que la oración, y ésta fué tan eficaz, que recobró el uso de sus piernas, como si no hubiese padecido enfermedad alguna, con grande admiración del abad y de todos los religiosos.

Dios hizo brillar en otra ocasión la magnificencia de los dones con que habia enriquecido á su siervo. El día de

Pentecostés dijo al abad y á los demás religiosos: « ¡ Qué felices seríamos, si Dios nos concediese la gracia de que el Espíritu Santo descendiese sobre nosotros en lenguas de fuego, como lo hizo sobre los Apóstoles y discípulos. — No es necesario, contestó el abad Juán que obre este milagro. — Pero es tan bueno, replicó Simeón, que se digna complacer á los que le temer y colmar sus deseos. » Dichas estas palabras, levantó sus ojos al cielo exclamando: « Dios omnipotente, que por vuestro Santo Espíritu habeis formado los cielos y renovado la tierra, Señor soberano, que hicisteis descender al Espíritu divino sobre los apóstoles, comunicándoles el don de lenguas, enviadle á este pecador. Y puesto que tengo la dicha de ser vuestro siervo, ilustradme con la claridad de vuestras luces, para que conozca vuestra divina voluntad. Vos sois todopoderoso, y poneis en la boca de los niños palabras adecuadas para glorificar vuestro santo nombre. » Y ¿ quién podrá alabar suficientemente la bondad infinita de Dios? exclama su historiador. Apenas el Santo hubo terminado su oración, se vió descender sobre él una luz celestial, que llenó su corazón del Espíritu de Dios. Desde aquel día hablaba de las verdades de la religión con una elocuencia más que humana, y desarrollaba con admirable claridad los pasajes más difíciles de las santas Escrituras. Esto llenó de admiración al santo abad, así como á todos los religiosos de temor y gratitud al Señor, que tan maravillosamente habia ilustrado á su siervo.

Pero á medida que Dios derramaba sobre él los dones de su gracia, le preparaba á actos más heroicos, para que ensalzase su santo nombre con las virtudes con que tanto le enaltecía á los ojos de los hombres. Una noche favoreció á algunos religiosos con una visión, en la cual les manifestó tres gradas, y en cada una de ellas una silla, que se les dijo estar preparadas para Simeón. Esta visión no significaba sólomente los progresos que el Santo habia de hacer en la